

Aquel noble Teatro que, como la sociedad que lo engendró, tuvo la pasión exaltada, el misticismo á la vez religioso y erótico, la florida y abundante expresión de los afectos, la complicación de los hechos, la sorpresa de los accidentes, es una mezcla feliz de dignidad y donaire, de exaltación y nobleza, de gracia y verdad. La época de Luis XIV en Francia, primera etapa de la cortesía moderna, en que todo está medido y prescrito, época en que ni los versos se eximen de la etiqueta; días de cultura sazónada por el estudio de lo antiguo, no siempre bien comprendido; imperio del buen sentido y de la discreción, no podía tener más exacto espejo que aquella literatura rizada y compuesta, recortada, algo semejante al vestir de los hombres, siempre fina, comedida y respetuosa, sensata, pulcra, ingeniosa y viva, siempre con dignidad en la pasión y con anticismo en la ironía, pomposa y glacial en manos de Racine, intencionada y filosófica en manos de Molière. Por fin, el siglo xviii en España, siglo de obscuridad, de preocupaciones, de luchas y dudas, que prevé en su instinto una revolución y no acierta á darle realidad, ni se atreve á intentarlo; que ve todo aquel pasado que se marcha y no comprende lo que ha de venir, ni se prepara á una nueva vida; ese siglo sin principios, perdido en su misma confusión, sin saber que remedio poner á los males que le degradan, á la lepra que le corroe; siglo que se siente viejo, y desmoronándose se en-

tretiene en hacer ovillojos en la academia del *Buen Gusto*, ¿qué mejor expresión de arte puede tener que aquellos sainetes que son un bosquejo fugaz, un rasgo, una sombra, una caricatura breve, rápida, pero brillante y llena de agudeza; pinceladas donde á una momentánea luz se ven la miseria, la ignorancia, la falta de dignidad y la completa perversión del sentido moral?

## V

Don Ramón de la Cruz, que no fué un poeta obscuro en su tiempo, sino que, por el contrario, gozó de merecida reputación, del aprecio de todos, y aun recibió obsequios y agasajos de las más ilustres personas de la nobleza, no es hoy bien conocido en su vida privada ni en su vida literaria. El libro *Hijos ilustres de Madrid*, que publicó don José Alvarez Baena, contemporáneo suyo, nos da muy breves noticias, no suficientes para el conocimiento de aquel carácter. Como las memorias y correspondencias de hombres célebres son en España muy escasas, por incuria de nuestros bibliófilos y coleccionistas, ó porque realmente no han sido abundantes, acontece que muchas ilustres é interesantes vidas permanecen hoy olvidadas. Baena dice así:

•Don Ramón de la Cruz Cano y Olmedilla nació en la parroquia de San Sebastián, año

de 1731, á 28 de Marzo, hijo de don Reymundo de la Cruz, natural de la villa de Canfranc, obispado de Jaca, y de doña Rosa Cano y Olmedilla, natural de la Gascueña, obispado de Cuenca. Es oficial mayor de la Contaduría de penas de Cámara y gastos de Justicia del Reino, individuo de la Real Academia de Buenas Letras de Sevilla y Arcade de los de Roma con el nombre de *Lariso Dianeó*. Su talento ha sido particular para la poesía cómica, especialmente para los intermedios y loas. Las otras obras suyas que se han representado en ambos teatros del Príncipe y la Cruz, con aplauso de las gentes, llegan á un número exorbitante, y en sus mismos títulos manifiestan su alegre y jocosa índole. También ha ejercitado su numen en algunas piezas mayores, propias ó traducidas, como zarzuelas y comedias, en cuya clase se cuentan varias óperas del abate Metastasio, traducidas á nuestro idioma y aplicadas al genio de nuestro teatro. Don Juan Sempere hace en su ensayo de Biblioteca un gran catálogo de todas ellas, y su autor las está dando á luz en el día (1791) por suscripción, y lleva publicados varios tomos en octavo, sin dejar por eso de trabajar piezas nuevas que se representan.»

Poco espacio y una atención ligera consagra Baena á este ilustre hijo de Madrid, cuando ha llenado su voluminosa obra de apologías á un sinnúmero de personajes que la posteridad ha relegado al olvido. Pero esta escasez de noticias no nos importa. El

conocimiento del hombre en la parte que nos interesa nos será fácil con la lectura de sus obras. Lo que nos importa es exponer, ya que hemos hecho una ligera reseña del movimiento literario del siglo XVIII, cuál fué el estado social que engendró aquellas singulares obras de arte, averiguar cómo nacieron y qué grado de fidelidad hay en tales retratos ó pinturas.

La sociedad del siglo XVIII nos presenta en su composición y en su vida un fenómeno digno de estudio. Ella misma conoce que lleva en sí algo deletéreo y disolvente, y vive agitada por presentimientos; prevé el trastorno, y no sabe si evitarlo será una salvación ó una desgracia peor. Los males orgánicos que el tiempo recrudece, han llegado á ser vislumbrados por la mayor parte de las gentes, y á pesar de la ignorancia que nubla y oscurece todos los espíritus, éstos comprenden que han de venir profundas y graves perturbaciones. Entre tanto, los impulsos generosos, las aspiraciones á algo nuevo y bueno, no bien determinadas; esas secretas inquietudes que lanzan á los pueblos á inesperados avances en los días de más postración, se estrellaban ante las trabas que un Gobierno desarrollado en la más vasta esfera de acción posible, les oponía. Mil resabios antiguos, preocupaciones, viejísimos hábitos, eran como extensa red que todo lo comprendía, fuera de la cual á ninguno era posible salir. No hubo época en España de mayor atonía mental, de más

falsas nociones de todas las cosas; y como nuestro carácter es apegado fácilmente á la costumbre, como por su innato espíritu de independencia es refractario á innovaciones, no había fuerza capaz de realizarlas. Las tentativas nobilísimas de Feijóo por medio de escritos serios, del Padre Isla con sus obras humorísticas, y de Torres y Villarreal con sus sátiras atrabiliarias, no consiguieron gran cosa; y si esto, y la filosofía francesa y la influencia de la nueva dinastía, determinaron alguna transformación en España, no fué el pueblo seguramente quien disfrutó este beneficio. Sólo las clases altas recibieron alguna luz de los esfuerzos combinados de los reformadores de dentro y las ideas de fuera.

El constante alejamiento del pueblo de los asuntos públicos, su nulidad como poder político, su ignorancia, su impotencia para salir del vergonzoso estado en que se hallaba, hacían que no llegara hasta él la escasa luz que iluminaba esferas más altas. No existía entonces como ahora ese eslabonamiento de las clases sociales que las pone en comunicación directa unas con otras, y las obliga á prestarse y cambiar ideas y sentimientos. En vez de esta armonía, había entonces confusión monstruosa, no fundada, ciertamente, en ningún principio igualitario, sino en la falta de dignidad y en una marcada relajación de caracteres. La nobleza de aquel siglo, con muy raras excepciones, había caído en gran postración: aunque

no alejada enteramente del manejo de los negocios públicos, no tenía ya la participación de que gozó en siglos anteriores; se vió no pocas veces postergada á los franceses é italianos que trajo la dinastía, y aunque figuraban constantemente en el Gobierno personajes titulados, los nombres aristocráticos más sonoros é ilustres quedaban reducidos á un secundario papel. La rancia aristocracia fué descendiendo; se la vió acercarse al pueblo, alternar con él, compartir sus fiestas y hablar su lenguaje. ¿Consistía esto en que se había debilitado la rigidez de principios que constituyó la antigua nobleza, por efecto de la difusión de la filosofía y del camino que se iba abriendo en Europa la idea de la igualdad? No: el carácter de la nobleza se relajó por la inactividad; porque habían acabado las empresas fabulosas que la crearon; porque había concluído, por causas de todos conocidas, la grandeza histórica del pueblo á que pertenecía. La nobleza, en la antigua organización de las monarquías europeas y en el apogeo del derecho divino, fué la fuerza y el alma de las naciones. Cuando principió á iluminar á la humanidad la luz de un nuevo derecho, y las viejas monarquías aspiraron á organizarse sobre bases nuevas y con elementos de otra índole, porque se sentían viejas y dañadas, el primer miembro en que se vieron síntomas de corrupción fué la nobleza, y esto ocurría lo mismo en Francia que en España. Perdido su papel histórico, la aristocracia se achi-

ca, se hace familiar, campea en los salones, se ocupa de aventuras galantes, baja más cada vez, y por último, llega al nivel de la plebe, con quien se junta, no para consolarla y apoyarla, sino para imitar su llaneza y desenfado. Parece como que se cansa del desabrido papel que hace en el mundo, y quiere permitirse algún desahogo cuando está fuera de escena. La verdadera cultura, fomentada por la irrupción de las nuevas ideas, reside verdaderamente entonces en una especie de clase oficial, origen de nuestra poderosa burocracia moderna.

En tanto, el pueblo, falto de luces, lleno de errores, indolente, trabajando por hábito, no por deber, sin ver ningún camino abierto ante sí, ni entender nada de lo que pasa en derredor suyo, acepta impasible la fraternidad de la grandeza, y, por fin, llegando al colmo de la confusión, imita como es imitado, se codea con los *usías*, remeda sus graves modales, su tono, se disfraza á veces con su traje, y es una vil parodia de los caballeros que descienden hasta él.

La clase media no era este bloque del siglo XIX, poderoso por la riqueza; era entonces una clase ambigua sin aliento ni carácter, determinada en la sociedad por su ineficaz aspiración á formar una verdadera jerarquía, con influencia y acción propias. En ella campeaban mil pequeñas vanidades, mil petulancias que cifran en la representación exterior el prestigio de la clase.

En el siglo XVII, cuando aún vivíamos con

nuestra vida, eran los españoles más graves y serios, se pagaban menos de la representación exterior, y, aunque algo vanos y engreídos, siempre fundaron su orgullo en prendas morales, y más que todo en el valor. Entonces, todos los que vivían en la corte aspiraban á caballeros, y no empleaban (salvo la canalla picaresca) otro medio que la bravura. El que no la tenía, la figuraba: de aquí los guapos, jaquetones y chuscos. Después la presunción toma formas muy distintas, se afemina, se degrada; la galantería que suavizó las costumbres, relajó al propio tiempo la virilidad de los caracteres, porque en el juego pastoril y ático que sustituyó al galanteo romántico de los buenos tiempos, había un gran fondo de mentira. Aumentó el desenfado en las mujeres, la despreocupación en los maridos, la solapada astucia en los galanes. Estos ya no eran los audaces aventureros que se acuchillaban por sus damas, y asaltaban, si era preciso, el hogar doméstico: eran intrigantes que seducían con halagos mañosos, y se introducían en las casas furtivamente ó con disfraz. La mujer no era ya aquel basilisco de honor que miraba en sí las cualidades del armiño; fué más fácil, más accesible, más discreta y ondulante en su trato; se pagó más de la moda, de los afeites y vanidades que le dan realce exterior, mientras los jóvenes fueron más relamidos, menos generosos, más astutos, y se pagaron también más de los atractivos superficiales. Ya

no había damas y galanes; había *petimetas* y *currutacos*.

Al mismo tiempo, la familia se relajaba en los lazos que más la estrechan y robustecen. La religión había concluído por encenagarse en un lodazal de preocupaciones. Muestra inequívoca del estado de vileza á que llegaron las creencias en la literatura religiosa, tenemos en los sermones satirizados por el Padre Isla en su *Fray Gerundio*, y sin duda los torpes errores que ofuscaban las conciencias fueron la causa de que se entibiara la fe religiosa, que ya no cautivaba las almas con la pureza y la sencillez de los primitivos símbolos; era un bárbaro delirio en que se mezclaban á vulgares remedos de lo divino lo más grosero y mundano. En el seno de las familias esta evolución fué tanto más funesta, cuanto que en aquella sociedad, cuya fe se apagaba, cuyo depurado sentimiento del honor se extinguía, no hubo una irrupción de nociones morales filosóficas que llenaran aquel vacío. La filosofía, si alguna vino, lejos de curar el mal, lo agravaba, y no podía inyectar en el dolorido y extenuado cuerpo social la sangre joven y fresca que éste necesitaba. Aflojados los lazos morales, fué el matrimonio lo que primero se resintió: las uniones ilícitas, si no menudearon más que en el siglo anterior, fueron más descaradas, y el adulterio principió á ser, si no disculpable, por lo menos tolerado sin escándalo en las clases bajas, y visto como cosa corriente y con-

asomos de falsa elegancia en las superiores.

En tanto el pueblo guardaba bien su antiguo carácter, arrogante y desenvuelto, tenía particular empeño en satirizar á los individuos de la clase media, á los que adoptaban trajes ridículamente ostentosos, y á las mujeres de equívoca virtud, que se daban aire de grandes señoras. El manolo y la manola, personajes picados de orgullo, de una entereza á veces cómica, miraban con cierto desdén á los burgueses de la Montera y de Jacometrezo: ella, sobre todo, la dama de Lavapiés y de Maravillas, con su brusquedad desenfadada y su puntillo de honor quisquilloso, se cree más noble, más alta, más española que la señora de los buenos barrios, contaminada por la nueva moda y las exóticas costumbres. La majeza plebeya no cesaba de aplicar apodos ingeniosos á la gente fina, juzgándose á veces harto ofendida con su trato.

Nuestra legislación eclesiástica era funesta entonces, más defectuosa é incongruente aún que hoy. La desamortización y el Concordato han modificado mucho aquel monstruoso derecho, que Floridablanca y Jovellanos atacaron sin tregua como un grave mal. Nuestra empleomanía moderna no puede dar idea de lo que era aquel asalto á los bienes eclesiásticos, inmensos entonces. A más de la multitud de clérigos y frailes, la provisión de beneficios simples hecha en favor de jóvenes ordenados de primera tonsura, elevó la cifra á un grado ex-

orbitante. Millares de individuos se disputaban estos beneficios, sin ocupación canónica efectiva de ninguna especie, sin residencia ni papel alguno en la Iglesia: su trabajo era cobrar. Los principales entre estas sanguijuelas eran los abates, gente holgazana, afeminada, inmoral por lo común. No hay clase ninguna, en nuestra actual sociedad, que pueda dar idea de aquellos híbridos personajes, excrescencias del estado eclesiástico, seres cuyo puesto oficial era desconocido. La influencia de estos vagos en la familia fué desastrosa: por su estado, tenían abiertas las puertas de todas las casas; se entretenían en hacer música y cantarla, en inventar modas y dirigirlas, en presidir el tocador de las petimetras, en hacer malos versos y escribir cartas necias; eran, por lo general, como juglares ó bufones en las tertulias elegantes. Lo mismo alternaban con el pueblo que con las clases encumbradas; y para colmo de degradación, estos individuos, que no siempre hacían el amor por su cuenta, eran los más intrigantes urdidores de aventuras ajenas, llevando, escudados por su hipocresía, el desorden y la corrupción al seno de las familias. ¡Oh! ¿no eran más dignas de consideración las terceras y busconas del siglo xvii, y aun las repugnantes celestinas del xvi?

Ahora bien: esos nobles degradados, esos *usías* que arrastran su orgullo por los garitos de la plebe, esos maridos blandos de la clase media, esas esposas traviesas, esas pe-

timetras, esos cortejos, esos pisaverdes hambrientos con ínfulas de señores, esos manolos orgullosos, esas majas llenas de donaire y presunción, esos abates desvergonzados, constituyen el teatro de don Ramón de la Cruz, y son las figuras que forman, en su perpetuo movimiento y en la variedad de sus colores, la vida de aquellas breves y epigramáticas escenas.